

La imagen que se evade

Eliseo Altunaga

ACIERTA EDAD, CUANDO UNO SE MIRA EN EL ESPEJO NO se reconoce, le parece que ese anciano reflejado en la luna azogada es otro, algo así como una vulgar falsificación de un hombre o mujer cuya belleza ha sido escamoteada. A los tres siglos de su existencia a algunos hijos de la nación cubana les ocurrió lo mismo y como remedo decidieron pintar en la luna del espejo un frío y hermoso retrato que han pretendido, durante mucho tiempo, vender como real. Lo increíble es que la imagen del espejo logró, por lo menos en el campo de la representación artística suplir la realidad. Nuestro reflejo era la copia de un reflejo, aunque debajo de la luna azogada, en las grietas que abría el clima y el tiempo al cosmético, tozuda, la imagen dejaba ver retazos de realidad. Aun hoy el fantasma de aquella falsificación cobra cuerpo y se propaga en visiones a veces desaforadas y hasta en escritos que pretenden una cierta autenticidad intelectual. ¿Somos blancos, latinos y católicos o somos negros, africanos y animistas? El qué somos parece aún no resuelto y la dudosa imagen del espejo aterra, al parecer, a muchos de los reflejados.

Los primeros europeos que llegaron a Cuba no figuran en los álbumes genealógicos; en su mayoría procedían de los sectores marginales, eran castellanos, extremeños y andaluces, luego arribaron canarios, catalanes, gallegos... además de plebeyos estaban lejos de constituir una nación. También era dudosa su pureza religiosa, su latinidad, pues a diferencia de sus rivales ingleses, franceses y holandeses, estuvieron durante siglos bajo la influencia del Islam. Es notorio que hasta el siglo XVI, en la península ibérica convivían musulmanes, judíos y cristianos en constante maridaje. Si durante el siglo XVI, España envió a América Latina en su conjunto poco menos de cien mil hombres, durante el XVII el flujo demográfico es inferior, dejando el crecimiento poblacional un poco a la suerte.

Mientras Europa sufre la depresión económica del siglo XVII, los criollos de la isla realizan su propio esfuerzo y crecimiento.

Casi simultáneamente, desde principios del siglo XVI, comienzan a llegar a Cuba hombres, mujeres y niños de regiones africanas ordenados socialmente desde las más simples organizaciones tribales hasta las de reinos bien estructurados, con diferentes lenguas, costumbres y tradiciones religiosas. Como reza el dicho no por racista menos cierto, la necesidad hizo al mulato. Por aquella época, en bolsones rurales de escasa comunicación se laboraba en extensas siembras de tabaco para el consumo interno, se llevaba adelante la cría ganadera bovina y caballar para la venta de tasajo y pieles y una amplia explotación forestal de maderas preciosas para la fabricación de muebles, barcos y viviendas. Tres siglos de convivencia hibridaron las culturas, confundieron mitos y leyendas, procrearon miles de mulatos e hizo surgir a un criollo, casi siempre hijo o nieto de mulata o negra, que fabricaba los más grandes barcos del mundo y fundía cañones y morteros, desarrolló numerosas ramas artesanales, desobedecía las leyes, era irreverente, desarrollaba el contrabando y asumía un cierto desdén por los peninsulares. Sensual y parrandero, gesticulador e indiado, gustaba del café con leche y el aguardiente, visitaba las fiestas de mulatas y negros libres. En las casas de campo amancebaba africanas que le parían decenas de hijos que se criaban a su amparo, y en las casonas de la ciudad vivía junto a decenas de sirvientes negros y mulatos. En los puntos muy alejados era la única autoridad. También criollos, había miles de negros y mulatos artesanos y maestros de oficio libres, funerarios, vendedoras de fiambres, tejedoras y hasta parteras y comadronas. Esos negros y mulatos criollos libres, aunque humildes, tenían aspiraciones similares al resto de los criollos y en no pocas ocasiones mucho mejor condición económica que los peninsulares pobres. Algunos poseían esclavos, un negocio, un buen oficio o una profesión como la de músico o pintor. También había africanos libres en la misma condición e incluso poseían negros criollos como esclavos. Ese criollo, blanco, mulato o negro difería sólo por el color de la piel y por el monto del dinero que podría manejar en zonas alejadas de Dios y de la ley o en una ciudad como La Habana donde el oro parecía ser el más grande signo de nobleza. Ya ese criollo, si no cubano, tenía el comportamiento básico que lo hace diferir del peninsular, aún del sevillano, y esos rasgos los asumían con orgullo mulatos, blancos y negros que han quedado estampados en la tradición de la cultura popular de España. Ya era otro, por lo menos un isleño, un tostado, uno distinto.

Al hablar de la población de la isla, y en particular de La Habana, a finales del siglo XVI, el gobernador Francisco Carreño afirmaba: «centro de todos los más delincuentes que vienen desterrados del Perú y de la Nueva España y de otras partes, y asimismo los que envían por casados a España y mercaderes quebrados, mujeres huídas de sus maridos que vienen en las flotas y frailes en hábitos de legos y gentes bajas... marineros que se huyen de las armadas y flotas y andan por los hatos y labranzas de vecinos ni temen a Dios ni a la justicia real». Citado por Roland T. Ely: *La Economía Cubana entre las dos isabeles, 1492-1832*, Editorial Librería Martí, La Habana, 1960, segunda edición, pág. 31.

A diferencia de las islas inglesas, francesas y danesas, Cuba, la mayor de las Antillas hasta mediados del siglo XVIII vivió al margen de la economía de plantación. La naturaleza misma del sistema de trabajo obligaba a que europeos y africanos trabajaran juntos en las más diversas tareas.

En el inicio de la riqueza azucarera, sobre todo en Occidente los negros y mulatos libres no sancionaban el sistema por un conjunto de razones. Eran isleños y a veces sus orígenes en la isla se remontaban a uno o dos siglos atrás. No se consideraban ni bozales, ni ladinos, ni africanos, eran criollos, y algunos rellollos como se llamaban los de varias generaciones nacidas en Cuba, libres, y en muchas ocasiones emparentados o relacionados con familias acaudaladas. Aunque eran víctima de arbitrariedades y prejuicios raciales tenían derechos y deberes ante el estado colonial que los manipulaba. Vivían una vida cotidiana con los dramas y problemas de cualquier familia ordinaria. En la isla, no surgió como en Haití, Guadalupe y Martinica una lengua criolla, creole, con voces y sintaxis africana, sino que sirvió de patrón lingüístico para todos los criollos blancos, negros y mulatos, el castellano con elementos de entonación y geminaciones que tenían como base las lenguas africanas. Hablar la misma lengua otorgaba un elemento aglutinador. Para ellos, los hombres de culturas yoruba, arará, bantú y carabalí que no hablaban bien el castellano eran tan extranjeros como un vasco, un catalán o un gallego que no hablase bien el castellano. Asimismo, muchos blancos pobres y negros y mulatos libres participaban en la maquinaria represiva colonial contra los alzamientos de esclavos provocados por los abusos y maltratos. Negros y mulatos eran también contramayorales, rancheadores, miembros de batallones de pardos y morenos, proxenetes, amanuenses, contrabandistas, tahúres, carceleros, policías y confidentes.

Mientras encontraban una solución teórica y práctica y el esclavo pudiese producir más barato que el azúcar de remolacha, los hacendados mantuvieron el régimen de plantación, intensificaron el trabajo esclavo, fortalecieron la despótica administración colonial y enriquecieron a sus corruptos funcionarios y burócratas para contrarrestar las presiones británicas y las conspiraciones internas. Por ejemplo, el capitán general Leopoldo O'Donnell recibía tres onzas de oro por cada esclavo introducido en Cuba y hasta la reina regente María Cristina de Borbón participaba en las utilidades. Aun en esas condiciones difíciles «los hacendados gozaron el privilegio que sus ingenios no respondieran a las deudas contraídas por sus propietarios; y durante muchos años también el azúcar cubano monopolizó el mercado internacional por su calidad y por el volumen de su producción. La industria azucarera cubana llegó a producir la cuarta parte de la producción mundial. Casi sin competidores, en un mercado necesitado de azúcar, los hacendados cubanos normalmente determinaban el precio del producto alto de por sí a la medida de sus intereses.» Raúl Cepero Bonilla. *Escritos históricos. Azúcar y Abolición*. Ed. Ciencias Sociales, 1969. La Habana, págs. 35-36.

Fue la plantación y su jerarquía económica quien dividió al cubano y creó un proyecto de identidad de negro africano y blanco europeo.

«La pintura que se inicia en Cuba a principios del siglo XIX —la Academia de San Alejandro fue fundada en La Habana por el francés Juan Bautista Ver-may en 1817— tuvo antecedentes sólo en los grabados realizados por artistas extranjeros de paso por la Isla. A lo largo del siglo, la pintura, académica siempre (neoclásica primero, de un paisajismo a la manera de Barbizón después) se negará sistemáticamente a considerar al negro como asunto posible. Escenas religiosas, retratos oficiales, paisajes brumosos por los que atraviesan personajes idílicos, escenas de la vida acomodada de la burguesía o modelos de la Academia: he ahí toda la gama de posibilidades temáticas.

Queda, pues, para el grabado, la galería de personajes del pueblo. Y es en ellos donde se fija la tipología de nuestro siglo XIX, con extraordinaria gracia y ligereza». Adelaida de Juan. *Pintura cubana: tema y variaciones*. El negro en la pintura cubana del siglo XIX. Ed. Contemporáneos. UNEAC. 1978, pág. 25.

Poco a poco se desplaza el arte de los criollos negros y mulatos. Las tallas de madera, los íconos de los santos realizados por hábiles artistas negros no sólo son sacados de las iglesias sino quemados. Los murales de la vida cotidiana son borrados de las casas y los muros y las fachadas. El criollo rico abjura de su imagen y busca en Europa una máscara o un disfraz para ampararse de su mestizaje.

Fueron pinceles pagados los que se encargaron de dar color a la luna azogada. El auge del grabado fue uno de sus instrumentos para dar a esta imagen un soporte de verdad, un seudo mundo referencial que apela a la idea de lo que el criollo rico quiere ser. Grabadores franceses realizan láminas litografiadas donde el criollo rico es limpiado con modelos europeos. En esa imagen el criollo rico era visto como un francés o un austríaco y los negros y mulatos como exóticos y graciosos servidores etíopes. La existencia como población activa de negros y criollos libres es evadida o censurada.

«... Lo único cubano, porque estaban instaladas en Cuba, eran las prensas. El verdadero mundo cubano, menos limpio y organizado, con sus contrastes desgarradores y, para entonces, ya con la fatiga del modo de producción que animaba a la colonia esclavista, no aparecía en las hermosas láminas. Todo devenía herencia y recurrencia, que moldeaban la comprensión y se asumía como válida. Tipos y costumbres constituyeron el *color local*. Se complacía la pupila del consumidor que deseaba disfrutar la benevolencia tropical pero contaminarse poco con *lo negro* de una isla de negros esclavos. La engañifa reside en que, al convertirlos en referencia atendible, aquellos elementos se extrapolan y toman por históricos. Les hicieron eco incontables zarzuelas y escenificaciones, no pocas páginas y toda una injustificada nostalgia y un bucolismo dúctil, que repetían hasta la náusea un mundo colonial idílico, apacible, de calesas y hamacas, refrigerios en amplios salones, abanicos y muebles torneados. Si en aquellos grabados la vida de las plantaciones parecía diferir muy poco del salón aristocrático, el pasado esclavista resultó exaltado por sus elementos ornamentales. Acriticismo y reiteración de lugares comunes se sumaron a una comprensión de indolentes coleccionistas. Cuba venía a ser un paisaje, un clima seductor, accidentado por hombres y mujeres *típicos*,

instintivos y candentes, cuando no abúlicos, pero siempre domeñables y sensuales». Reinaldo González. *Contradanzas y latigazos*. Editorial Letras Cubanas. La Habana. 1983, pág. 11-12.

Básicamente, salvo excepciones, en el cine, la radio y la televisión cuando se asume ese pasado se ve al negro como africano y al blanco como rico, europeizante y refinado. Es escaso encontrar el drama de un criollo negro o mulato libre, sus preocupaciones o su vida cotidiana. La imagen creada toma legitimidad y ahora intenta, al parecer, ocupar también espacio en los llamados estudios científicos o de pensamiento. Centro de Estudios Cubanos, cubanos que estudian el centro de la nación, intentan, como Arango y Parreño iniciar la historia en el instante de la mascarada e iniciar el surgimiento de la llamada *cultura afrocubana* en el siglo XIX. Una expresión que se le llama *afrocubana* como si a la llegada de los africanos ya existiese una nación cubana compuesta por hombres católicos y caucasianos que recibieron *un aporte* con los negros esclavos.

Nuestro pasado es turbio y si queremos conocerlo tenemos que verlo desde una perspectiva plural, múltiple y cosmopolita. África, Europa y Asia se fundieron como metales en un horno y para conocer los orígenes de esa fusión, los componentes hay que encontrarlos en diferentes regiones del planeta. En realidad cualquier abordaje de deslinde y desagregación es sólo un ejercicio intelectual, la cultura cubana es una e indivisible, lo que fue ya no es. Como agua ya pasada, como un colador en un río es imposible atrapar el misterio de lo que se fue. La cultura cubana es la resultante de la hibridación de espiritualidades de pueblos diversos, la fusión de enajenados discursos marginales, usando un término de Severo Sarduy la *summa* insular, el *curriculum cubensis*, una reverberación, un eco, un destello del que sólo atrapamos su apariencia.